

# HOMENAJE A ADRIÁN CELAYA IBARRA (4 de Abril de 2001)

## Adrián Celaya: recuerdos de juventud

*Dña. Sabina de la Cruz*

Señoras, señores: Permítanme, en primer lugar, mostrar mi agradecimiento al Sr. Alcalde de Bilbao y a D. Adrián Celaya, por el honor que me han hecho al pedirme que participe, con mis compañeros de mesa, en este Homenaje.

Las palabras del Alcalde de Bilbao han dado la dimensión de lo que representa para la Villa la personalidad de Don Adrián Celaya Ibarra. En este Acto están presentes las Instituciones Vascas, en el ámbito de la Judicatura y en el Académico, las Asociaciones culturales, el pueblo en su significación más amplia. Es lo que se debe al prestigio alcanzado por el hombre público que ha sido y es Celaya. Pero hay otra dimensión más íntima y personal, la formada por su familia y sus amigos, los que le quieren además de respetarle. Y lo que extraordinario es que ambos mundos, el público y el privado, se funden al acercarse a este hombre, Adrián Celaya, que convierte en amigos a cuantos han tenido la suerte de encontrarse con él en algún momento de sus vidas. Y han sido numerosísimos por los cargos que ha ocupado como Juez y como Profesor, sobre todo. En ellos ha conseguido *ser útil*, ideal que eligió desde muy joven, por amor a la verdad y a la justicia.

La razón de mi presencia en esta mesa responde a lo que Adrián Celaya escribió al dedicarme uno de sus libros: “A mi amiga Sabina de la Cruz, amiga de la familia, de mi Sestao, y de toda la vida”. *Mi familia, mi Sestao*. Esos dos posesivos expresan el sentimiento que acompaña al simple nombrar de sus raíces. En ellas descansa su corazón, al atraerlas la memoria.

Su familia, su pueblo, son las coordenadas que definen la formación del joven Adrián, como confiesa en su *Autobiografía*, publicada por Eusko Ikaskuntza en 1995. Aunque nace en Luchana-Baracaldo en 1917, tiene muchos pocos meses cuando se instalan los Celaya Ibarra en la plaza de Urbinaga de Sestao, en un piso encima de la “Cooperativa Aurrera”, que dirigía su padre como encargado. Aparte de una corta estancia en Zeberio, en el caserío de la familia paterna, su niñez y adolescencia las vive en Sestao, jugando en el feliz compañerismo de la calle, o en la vega del río Galindo. ¡La vega del Galindo!

Era el territorio inexplorado  
isla de corsarios,  
bosque de poscritos...  
Fue el chapuzón escondido...  
el gusano destinado al anzuelo,  
al salitre más puro, al pez...  
el gorrión inmóvil en el cepo,  
el chimbo trapequista en la huerta,  
la chirta prófuga del tiragomas,  
la lagartija destinada al perdigón.

Así pervive aquel paraíso de la infancia, treinta años después, en un poema de Javier Elorrieta, otro sestaotarra<sup>1</sup>.

Dos experiencias más van a influir en el niño y a conformar la personalidad del hombre: su maestra de primaria que le enseñó a “discurrir”, es decir, a razonar en libertad, y las clases de música que abrieron la puerta a esa “melodía que siempre vive dentro de mí”, según sus mismas palabras<sup>2</sup>.

A los diez años fue uno de los alumnos que estrenaron maravillados el Instituto de Bilbao en Licenciado Poza. “Años inolvidables”<sup>3</sup>, escribe en sus memorias, en que la inteligencia abarca nuevos campos del saber y amplía su horizonte de comprensión para aquel ejercicio del razonar que ensayó de la mano de su maestra. Llama la atención la libertad que el adolescente vive en las aulas: no se siente obligado a obtener altas calificaciones, ni le fuerzan a aceptar teorías sin someterlas antes a su juicio, más bien le incitan a descubrir, con el propio razonamiento, las causas en que se asientan las afirmaciones propuestas. Comienzan así los primeros trazos de un camino que nunca abandonó, sino para acrecentarlo: la curiosidad que conduce a la investigación de campos inexplorados, la responsabilidad que le obliga a conocer los instrumentos precisos para elaborar un juicio y la meditación prudente antes de emitirlo.

Porque Celaya es un pensador, además de un conocedor. Y porque es un pensador, escribe. La escritura es la mejor, sino la única vía del conocimiento, que sin la palabra quedaría impreciso o para siempre vedado. Pero la escritura necesita del silencio: silencio interior que le acompañó en paseos, lecturas, conversaciones, sueños, es decir, en medio de la vida. De este meditativo silencio, fueron surgiendo las obras que componen la amplia bibliografía que cierra la *Selección de Estudios Jurídicos* de Adrián Celaya, publicada por la Universidad de Deusto<sup>4</sup>. En estos trabajos se recoge no sólo la investigación

---

<sup>1</sup> *Intento de Suma Pasión*, Ediciones Burdiña, Bilbao 1997.

<sup>2</sup> *Adrián Celaya Ibarra*, Autobiografía, Eusko Ikaskuntza, Donostia, 1995, pp. 29 y 32.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 29.

<sup>4</sup> *Adrián Celaya Ibarra*, *Selección de Estudios Jurídicos*, Universidad de Deusto, Bilbao 1999.

jurídica, sino la actividad académica, pues muchos fueron escritos para responder a las necesidades de la cátedra. Si como sospecho, la vocación primera del joven Adrián fue la Pedagogía, aún dando un pequeño rodeo por el Derecho (valga la paradoja), Adrián Celaya ha sido siempre un buen, un gran maestro.

Conozco a los Celaya Ibarra “de toda la vida”, pero es en la década de los cuarenta cuando entro en el círculo íntimo de la familia de Adrián. Su hermana pequeña, María Angeles, era mi amiga: una muchachita preciosa y muy dulce que con frecuencia estaba enferma. Al salir del Instituto de Bilbao, iba yo casi todas las tardes a preparar con ella las asignaturas. Así pude vivir una experiencia para mí insólita: la de los ocho miembros de una familia reunidos a diario alrededor de la mesa. Procedo de un grupo familiar formado por tres generaciones vinculadas a un negocio de hostelería heredado de los abuelos. Allí siempre se comía por tandas, y los niños sabíamos que todo quedaba supeditado a la atención al público. Formábamos un grupo independiente, en el que los mayores se responsabilizaban de los pequeños. Fui la hija y hermana mayor, la sobrina y la prima mayor, sólo en casa de los Celaya pude gozar del privilegio de ser la pequeña, a quien se hacen bromas y se le tira de las trenzas.

En la gran cocina de aquella casa veo, de pie junto al fogón, a su Ama Leoncia Ibarra, la faz redonda de piel blanquísima, siempre sonriente, tan acogedora y extrovertida. ¡Y qué bien cantaba! Al mediodía y al atardecer, una vez concluida la jornada de trabajo, subía de la tienda su Aita. Adrián padre era un hombre apacible y de pocas palabras. Tampoco las necesitaba. Su sola presencia llenaba la casa de serenidad, al modo de una mano protectora que tocara los enseres y el aire de la estancia. Presentaba la contrafigura de la autoridad represora. No sé cómo, conseguía producir una reconfortante sensación de libertad, y en la larga mesa que ocupaba el centro de la cocina podía hablarse de todo. Las mujeres intervenían mucho, sobre todo la madre y la mayor, Ramonita, que ya tenía novio. Trinichu era más callada. De alborotar la reunión se encargaban los chicos: mi tocayo Sabino (el que me tiraba de las trenzas) y Paco, de voz tonante, grande en estatura y en generosidad (la conservó toda la vida, hasta su muerte, aún tan reciente). Adrián, el mayor, se parecía a su padre. Tranquilo, siempre amable, los trece años que me llevaban le convertían en una figura casi paternal para la adolescente, casi niña, que era yo entonces. Ya ocupaba una plaza provisional de maestro en Sestao, y mis recuerdos lo fijan en una frase repetida: “¿Adrián? Adrián en su cuarto, estudiando”. Eran los años en que preparaba las oposiciones a Jueces Comarcales. Recuerdo un día de octubre de 1946 en casa de los Celaya. Había comenzado mi sexto curso en el Instituto y llegaba para estudiar con María Angeles, que apenas se levantaba ya de su lecho de enferma. Su Ama me dijo al verme, con entusiasmo desbordante: “¡Adrián ya es juez!”. No sé qué podría significar ésto para mí en aquella edad, pero es nítida la imagen que guardo de una jovencita que al entrar Adrián en su casa, le dice, solemne: “Ahora tie-

nes que ser justo!”, ante la sorpresa del nuevo juez que sólo acertó a exclamar, muy divertido: “Pero... ¡vaya!”.

Durante dos años coincidimos en el mismo tren que desde Sestao le llevaba a él al Juzgado de Galdácano y a mí al Instituto. Luego fue Juez Municipal de Bilbao y se casó con Mari Cruz Ulíbarri.

Retomemos el segundo eje de referencia que he establecido en la formación del joven Adrián Celaya: su pueblo, el Sestao social y geográfico de los años treinta y cuarenta, hasta 1950, año de su boda y de su marcha a Bilbao.

Sestao se va transformando desde finales del siglo XIX al desarrollar en la ribera del Nervión una industria siderúrgica y naval que culminaría con la creación de los Altos Hornos de Bizkaia, la Constructora Naval, los Astilleros del Nervión y las pujantes fábricas de maquinaria de la General Eléctrica y la Babcock Wilcox en la zona del río Galindo. Desde una aldea encaramada en la colina (el Casco) que domina desde lo alto la desembocadura de la ría, baja a la vera de las fábricas del Nervión y deja los caseríos y huertas para desarrollar largas calles de casas de cuatro alturas, donde se alberga la población que va llegando a trabajar en la industria, y todo el comercio necesario para tenderla. Sestao es un pueblo de inmigración, voy a precisar, de emigrantes del campo. Tanto de los que vienen de las aldeas vascas, como de Navarra, La Rioja, y los cercanos pueblos de Castilla la Vieja (Burgos y Palencia, principalmente. Algunos de Galicia). Es en los años cincuenta, los de la gran expansión fabril en todo el País Vasco, cuando la afluencia de los emigrantes se multiplica y llegan de comarcas más lejanas, de Extremadura y Andalucía, y un número ya muy numeroso de Galicia.

Los padres de Adrián y mis propios abuelos, son protagonistas de la primera etapa de creación de una sociedad de trabajadores. Los que vivieron la euforia de la neutralidad en la Primera Guerra Mundial que impulsó los beneficios en los negocios del metal; luego los aciagos años de la depresión a comienzos de los treinta, con la durísima etapa del trabajo de sólo tres días, del hambre y la desesperación en las familias. Adrián Celaya padre, que creyó siempre en la eficacia cooperativista para solucionar muchos conflictos sociales, supo en estas circunstancias mostrar lo que entendía como “espíritu cooperativista”: suministrar a las familias de los socios en paro, los artículos que acostumbraban a comprar en tiempos mejores. Con delicadeza, sin esperar la petición de ayuda, que la dignidad obrera hubiera impedido solicitar (“Ya pagarás cuando ésto pase. La Cooperativa responde”, frase que a veces le costó agrias discusiones con algunos directivos). Pero él tuvo razón y la prosperidad futura de su Cooperativa Aurrera lo demostró. Y la eficacia de su labor en ella.

La guerra civil hundió en una hecatombe de muerte y desolación al pueblo de Sestao, como al resto de España. (Pasemos esta página, como un exorcismo, para que nunca vuelva a repetirse).

Los años de la postguerra fueron duros y también gratificantes. La gente de Sestao tuvo que seguir adelante. Estaban bien entrenados en la resistencia, y con una vitalidad que ha hecho de los sestaoarras una gente orgullosa de su pueblo, se unió para suplir a los muertos y a los presos junto a sus familias, y en un esfuerzo común se fue creando una sociedad igualitaria y participativa, tanto en la alegría como en la lucha.

Las reivindicaciones de los trabajadores se defendían desde dos frentes: uno interior, en los lugares de trabajo, por una tradición sindical muy arraigada, ahora perseguida pero siempre combativa. Y desde otro frente exterior, el de nuevos movimientos sociales que iniciaron jóvenes sacerdotes, haciendo de las iglesias lugares de reunión, de amparo y compañerismo. En el Patronato de Sestao nació la JOAC (Juventud Obrera de Acción Católica), generada en ideas procedentes de otros grupos europeos, sobre todo de Bélgica. En su gestación y dirección participó activamente Adrián Celaya, y casi la totalidad de los jóvenes de Sestao. Toda diferencia política y religiosa quedaba desterrada de estos centros de defensa de la dignidad ciudadana. Allí lo que se jugaba era la supervivencia de una sociedad. (Recuerdo un anarquista que había vuelto de Francia, gran persona y fervoroso anticlerical, que se reunía casi a diario con un cura-obrero de Baracaldo, hasta convertirse en amigos inseparables. “Si hace años me llegan a decir que terminaría siendo amigo tuyo, ¡un cura!, me hubiese pegado dos tiros”).

Ahora que nuestro Patronato, aquel edificio de cuatro plantas, ha desaparecido, querido Adrián, deberá permitirnos los que no lo conocieron, que recordemos llenos de nostalgia lo que vivimos en el Salón de Actos de la planta primera (el teatro de nuestro Grupo Artístico, las actuaciones musicales del Orfeón, del Coro Santa Cecilia, el cine, las conmemoraciones, alguna con su conflicto a cuestas). La Capilla en el piso tercero, donde en los malos tiempos se pasaba una bolsa para ayudar a los obreros en huelga, finalidad explícita desde el púlpito, que en más de una ocasión tuvieron que oír los policías apostados ante la puerta. Las salas de reuniones de jóvenes en la planta segunda. Tú sabes bien, Adrián, el hechizo que ejercía este Patronato en los sacerdotes que iban llegando desde otros extractos sociales y desconocían las fábricas de la margen izquierda de la ría y las gentes que vivían junto a ellas. Los jóvenes sacerdotes, algunos procedentes de familias de la burguesía de Bilbao, se transformaban en exaltados defensores del mundo del trabajo, en una confrontación, a veces muy dura, con las leyes de la Dictadura.

Cómo no recordar también los triunfos de la trainera *Bizkaitarra* del Kai-ku Club de remo, a cuya directiva perteneció Adrián, con un entusiasmo al que se sumaba toda Bizkaia.

Este es el pueblo en que vivió, se formó y ayudó a formar, Adrián Celaya. De punta a punta lo recorrió, haciendo gala de su olfato de buen investigador, hasta encontrar a su novia. Con unos sorprendentes ojos, a medio cami-

no entre verdes y grises, Mari Cruz Ulíbarri Aristi era una joven muy bella. Con ella crea su familia, los Celaya Uribarri. Se acaba también su vida en Sestao, pero no Sestao en su vida. Pegadas a nosotros, anudadas a la entraña, las primeras experiencias permanecen para siempre, conforman el propio ser. Así seguimos dando vida a nuestros padres y a nuestro pueblo. Yo reconozco en el Adrián Celaya de hoy la sonrisa de su Ama Leoncia, las facciones de sus hermanos desaparecidos, y en su figura y talante la del Adrián Celaya de la Aurrera, siempre un poco padre, o más bien hermano mayor de los socios, sus convecinos. Ayudar, cooperar, servir a la sociedad. Como un anillo que se cierra sobre sí mismo, pero anudado a otro y a otro, la tradición de los Celaya Ibarra pasa a los Celaya Ulíbarri en la enseñanza, en el ejercicio del Derecho y, ¿qué hubiera dicho el clarividente Celaya Eguileor, al contemplar su sueño cooperativista expandiéndose e internacionalizándose con la *Mondragón Corporación Cooperativa*, y en ella el nombre de otro Adrián Celaya, su nieto? Le hubiese llenado de orgullo.

*Sabina de la Cruz*

Bilbao-Bidebarrieta, 4 abril 2001